

NUMERO EXTRAORDINARIO, 30 CENTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.  
 Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50  
 No se admiten suscripciones para provincias.

## REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.  
 Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

### SUMARIO.

Importante.—De despedida, por Antonio Peña y Goñi.—Almodrote, por el Doctor Thebussem.—Galería de aficionados pretéritos, por José Sánchez de Neira.—Una fiesta de toros descrita por Miguel de Cervantes, por Luis Carmena y Millán.—Anuncio.

### IMPORTANTE.

Como verán nuestros lectores en otro lugar, con este número termina LA LIDIA el tercer año de su publicación.

Circunstancias ajenas a la voluntad de esta Empresa han impedido que, como en el pasado año, podamos ofrecer a nuestros lectores el Almanaque para 1885; proponiéndose, en cambio, remunerarles esta falta con las grandes mejoras que introducirá en el periódico el año venidero.

El renombrado artista Sr. D. Luis Taberner, se ocupa en la actualidad en terminar una bonita y elegante cubierta, que servirá de portada a la colección que hoy concluye, y que serviremos gratis a nuestros suscritores y coleccionistas.

Siempre que los señores suscritores no dispongan otra cosa en contrario, las suscripciones que con esta fecha quedan pendientes se servirán desde el momento en que LA LIDIA, en Marzo próximo venidero, entre en el 4.º año de su publicación.

Los corresponsales pueden hacer el pedido de cubiertas con arreglo a los coleccionistas que puedan presentarla completa; requisito indispensable para que tengan derecho a ella.

Al final del presente número estampamos los precios de colecciones y elegantes tapas para su encuadernación.

### DE DESPEDIDA.

Con el presente número extraordinario da por terminada LA LIDIA su tercera campaña, y se despide de sus numerosos favorecedores hasta la próxima temporada taurina.

Al anunciarlo así a los lectores del periódico, me veo precisado a pedir la palabra para una cuestión personal.

Entiendo que faltaría a los deberes más rudimentarios de la cortesía y la buena educación, y a los sentimientos más primitivos y vulgares de la gratitud y del cariño, si no hiciera constar en este sitio las vicisitudes de una campaña, inolvidable para mí por muchos conceptos.

Dejaré a un lado la pequeña odisea que a LA LIDIA me trajo como director cuando entró el periódico en el año tercero de su existencia, y me ocuparé solamente de ciertas y determinadas particularidades, que quizá interesen algo al lector, que me interesan muchísimo a mí, y darán idea exacta

é imparcial de lo que ha sido y ha hecho el periódico taurino más popular de España, bajo mi dirección; es decir, bajo la más humilde é insignificante de las direcciones.

..

Soy dado a las metáforas, y tengo marcadísima predilección a las metáforas marinas, probablemente porque he nacido muy cerca del Océano, y en tiempos de feliz recordación me ocupé algo de cosmografía y pilotaje.

Perdóneme, por tanto, el lector, si apelo a un recurso, en mi ajeño, para explicarle categóricamente cuál ha sido mi verdadera situación como director de LA LIDIA, en esta, por tal concepto, primera y quizá última campaña.

Al encargarme de la dirección de LA LIDIA, fui nombrado capitán de un hermoso buque velero y andador, cómodo y elegante, y acreditado cual ningún otro en su género, por las bondades y la confianza de su armador y propietario, el conocido litógrafo D. Julián Palacios.

Retirado hacía algún tiempo de la navegación, enmohecido y maltrecho para las fatigas de una singladura de gran compromiso, llena de escollos y expuesta al embate de los elementos de la pasión en sus manifestaciones más irreflexivas y más iracundas, érame imposible salir a la mar sin contar previamente con una tripulación aguerrida, inteligente y avezada a todo linaje de trabajos, con una tripulación dispuesta al sacrificio, ideal de abnegación y fuente inagotable de cariño, que supliera con el esfuerzo colectivo la insuficiencia absoluta del auxilio individual.

Luis Carmena, que era, en realidad, cómplice y encubridor con premeditación, alevostía y ensañamiento, del crimen que me disponía a cometer, aceptando la dirección de LA LIDIA, vino inmediatamente en mi ayuda, y alistándose entre la gente de faena desde luego, trájome a un hombre, con cuya amistad me envanezco hoy, y de quien hablaré más tarde: al Doctor Thebussem.

Sánchez de Neira, corazón de oro y amigo dispuesto siempre a todo género de sacrificios, pidió en seguida un puesto de peligro entre la tripulación. Miguel Ramos Carrión, Vital Aza, Ricardo de la Vega, Pérez de Guzmán y otros cariñosos amigos, no necesitaron más que sencillas indicaciones para prestarme en el acto el concurso impagable de su cooperación.

Y para que nada faltara a esa suma de abnegaciones, uno de los más populares maestros compositores de España, D. Francisco Asenjo Barbieri, el autor inmortal de *Pan y Toros*, accedió a las instancias de Carmena y bordó un precioso artículo para LA LIDIA.

El buque puso proa al tiempo y navegó, ¡no había de navegar! viento en popa. La tripulación se encargó de la maniobra entera; ella consultó la brújula, ella tomó las alturas, ella redactó por sí y ante sí el libro de bitácora, ella capeó los temporales, y ella, y sólo ella ha llevado a la nave a puerto de salvación.

¿Cuál ha sido, en este viaje extraño, la parte que corresponde al capitán? Una tan sólo que reclama en este instante con premurosa solicitud. Al capitán le cabe el orgullo de haber presentado al pasaje marinería que ha hecho de todo punto innecesaria la intervención de jefe alguno.

Los marineros han sido los verdaderos capitanes; han convertido al capitán en el último y más inútil de los marineros; lo han convertido en grumete, encargado de servir al pasaje los manjares admirablemente condimentados por una tripulación ideal.

Si el barco ha corrido mucho y bien, ya he dicho la parte que me toca en tan feliz resultado. Esa quiero recabar, y a ella me atengo; que para ver mis deseos colmados con creces me ha bastado aprovechar, en beneficio propio, la provechosa enseñanza de la obra ajena.

Reciban todos los colaboradores de LA LIDIA el testimonio de mi profunda cuanto sincera gratitud. Carmena y Neira son escritores taurinos de los cuales sería en verdad impertinente hacer el elogio; por mi parte, renuncio a ello, con tanto más motivo, cuanto podría echarse a la parte del reconocimiento y del cariño lo que corresponde sólo a la convicción.

Los curiosísimos artículos del Sr. Pérez de Guzmán, llenos de interesantes datos y de detalles históricos casi desconocidos; las chispeantes poesías de Ramos Carrión, Vital Aza y Ricardo de la Vega, todo, en fin, cuanto el ingenio, la erudición y el talento de los colaboradores de LA LIDIA ha dado al periódico, quedará en sus columnas como recuerdo inolvidable de esta primera campaña.

En cuanto a los trabajos literarios con que el doctor Thebussem me ha honrado, honrando con ellos a LA LIDIA, sólo diré breves palabras.

Maestro del buen decir; fuente inagotable de todas las erudiciones; escritor *naturalista*, puesto



que escribe con encantadora naturalidad, que, por mi parte, envidio con toda el alma; amigo cariñoso, dispuesto siempre á colmar su inteligencia poderosa las mil deficiencias, de las que han acudido, como la mía tan menguada, en demanda de su protección, bastaría tan sólo la amistad del doctor Thebussem que á LA LIDIA debo, para hacerme inolvidable el recuerdo del periódico, si esa memoria no estuviera unida á otras gratísimas de que antes hice mención.

Y como no bastan palabras para expresar ciertos sentimientos, me contento con mandar desde las columnas de LA LIDIA un cariñosísimo abrazo al incomparable y feliz solitario de Medina-Sidonia, cuyas bondades me condenan á eterna falta de reciprocidad.

Fuera de los apasionamientos de la crítica, fuera de las crueldades, siempre tristes, del oficio, y fuera, sobre todo, del rencor extremado ó de la exagerada benevolencia á que el temperamento meridional impulsa siempre á los que tenemos en la punta de nuestra pluma el amor propio del prójimo, la mano corre y las cuartillas se llenan.

Ya que estoy en tan buen camino, quiero pagar mis deudas, sin olvidar ninguna. Me faltan dos: la que tengo con la imprenta de D. José M.<sup>a</sup> Ducazcal, donde LA LIDIA se imprime, y la que tengo con Don Julián Palacios, propietario del periódico.

Imprimir LA LIDIA no es cuestión de poco mas ó menos, sobre todo en tiempo de toros. La premura con que se escriben las revistas y la rapidez con que deben componerse para verificar en horas una tirada de numerosos millares de ejemplares, requieren un personal inteligente y un celo y actividad á toda prueba.

No hay sino mirar los números de la publicación, para apreciar hasta qué punto el Sr. Ducazcal, el regente de su imprenta D. Emilio Fernández de la Vega, y sus notabilísimos cajistas han coadyuvado al éxito del periódico y facilitádome á mí el cumplimiento de los deberes quizá más perentorios y difíciles de LA LIDIA.

Ya sé que elogiar el establecimiento de D. José María Ducazcal es casi ridículo, tratándose de una imprenta que tiene historia antigua y brillantísima; pero son de tal entidad las consideraciones que al Sr. D. José y á sus operarios debo, que quiero señalar aquí el sincero tributo de mi agradecimiento.

En cuanto á D. Julián Palacios, que coloco en último lugar y con la seguridad de afrontar sus iras, permítame el propietario de LA LIDIA que saque también su nombre á plaza, para hacer constar que la correspondencia es punto menos que imposible, con quien depositó en mí su absoluta confianza, y ha sido amigo leal y cariñoso, á quien quedo obligado para siempre.

Termino, que ya es hora, antes que el lector me advierta que basta de echar rosas al palio, como en procesión de Corpus.

He tenido empeño en demostrar que mi intervención personal en el éxito de la actual campaña de LA LIDIA, había sido nula, ó poco menos. Corresponde de hecho y de derecho á los que con tanta diligencia é ilustración han prestado sus servicios al periódico.

Y como no sé si las vicisitudes de la vida me separarán en adelante de esta hermosa publicación, he querido hacer un acto de justicia dando á cada cual lo que es debido, para tranquilidad de mi conciencia.

Los literatos, siquiera sean tan insignificantes como el autor de las presentes líneas, recorren en su historia ciertas etapas que se recuerdan siempre con intenso placer. La actual campaña de LA LIDIA representa para mí una de esas etapas.

Y como no me duelen prendas, ahí van, para concluir, estas palabras:

El año que viene sigo siendo director de LA

LIDIA, con los colaboradores impagables que este año han sido mi salvación, aceptaré con júbilo ese puñado de honra y lo agregaré á la que he recibido hasta ahora del periódico.

Y si lo imprevisible ó lo forzoso que representan en la vida humana dos importantísimos factores me alejan del semanario del Sr. Palacios, sea quien fuere mi sustituto, bastará que cuente con los elementos que me han ayudado últimamente, para que yo diga desde ahora, como lo digo de todo corazón: —¡ Le envidio!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

## ALMODROTE.

Al Sr. D. Antonio Peña y Goñi, etc., etc.,  
en Madrid.

«¿No tendría V. por ahí algún documento referente á cosa de cuernos, al cual pudiera V. poner una «cabeza y un pie, con su firma?»

(Carta de Peña y Goñi al Doctor Thebussem.)

MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO:

Recibí con gran placer la buena epístola de Vm. del 28 Octubre 1884, y después de refocilarme una, dos y tres veces con su lectura, empecé á calcular qué cosa de cuernos podría yo mandar para ese número extraordinario de LA LIDIA que Vm. prepara. Desea Vm. nada menos que un escrito con cabeza y pie; y remedando yo al estudiante de gramática que volvió por pasiva la oración de Pedro ata los mulos, diciendo los mulos atan á Pedro, trocaré los términos de la demanda de Vm. enviándole unos cuantos renglones sin pies ni cabeza.

Amparándome á la inagotable mina de las Cartas de los PP. de la Compañía de Jesús, vea Vm. lo que con fecha en Madrid por Enero de 1634 decían de Don Francisco Carvajal:

«El lunes hubo toros... Entró en la plaza el Marques de los Gelves á caballo, con la guarda española de que es capitán, y luego el de Sagasto con la alemana. Soltaron los toros que fueron buenos; no toreó nadie más que Don Francisco de Carvajal, que lo hizo bien.»

Al ocuparse de los de San Isidro en 1636, elogian al hijo del Marqués de Cerralbo, á Don Francisco Luzón y al caballero portugués Don Fulano Meneses, en los términos siguientes:

«El martes pasado se corrieron los toros que suelen por la fiesta de San Isidro: fueron extremados: hubo por la tarde tres caballeros en la plaza: uno el hijo del Marqués de Cerralbo, que quebró con grande gala docena y media de rejonos, y no con menos riesgo que destreza hizo sus suertes, porque las más fueron esperando el primer ímpetu del toro al salir del toril. El otro fué un caballero de aquí, que se llama Don Francisco Luzon, que tambien hizo algunas suertes muy buenas. El último fué un caballero portugués que habia sido paje del Rey: se llamaba D. Fulano Meneses. Este anduvo bizarrísimo: quebró mas de treinta y seis rejonos con grande aplauso, y una vez le acometió el toro, quebrando el rejon al dar la vuelta, y le llevó la capa: volvió con su espada desnuda y le dió tan fieras cuchilladas, que á poco cayó allí á los pies del caballo, y por las heridas se le veían las entrañas. Levóse el aplauso de todos los que estaban en las fiestas, y los envidiosos solo le han opuesto que no aguardó al toro cuando salía al caso, y que le cogía cuando daba una ó dos vueltas á la plaza y tenía ya con el cansancio perdido el brío, y era mas fácil entonces el poder hacer suerte con él y con menos riesgo: lo cierto es anduvo galantísimo.»

Viniendo á nuestro siglo, creo que ofrece curiosidad el interés y solicitud con que la justicia de Bilbao se ocupaba en 1827 de los forasteros que iban á dicha villa para asistir á las corridas de toros. El documento que lo prueba se halla impreso en hermosa letra sobre medio pliego de papel apaisado, que debí á mi inolvidable amigo el Moro vizcaino Hach Mohamed el Bagdady, y dice de esta manera:

«LOS SEÑORES ALCALDE, JUSTICIA, y REGIMIENTO de esta noble villa de Bilbao: Hacen saber; que en Ayuntamiento celebrado el día 14 del presente, en atención al precio usual y corriente de todo género de viveres, se acordó, entre otras cosas, el que los Posaderos de ella observen respectivamente con los forasteros que llegaren con motivo de las próximas funciones de Toros, los precios siguientes:

» Dichos posaderos podrán llevar por cada forastero 32 reales de vellón diarios, dándole su chocolate y azucarillos por la mañana, al medio día las dos ollas con sopa, poniendo en esta su gallina, y un principio de asado, reducido á pollas, ternera, jamon ó magras, un plato de pescado

» fresco y postres; y por la noche su cena y cama correspondiente; pero si dichos forasteros pidiesen mas principios, deberán pagar cuatro reales de vellón por cada uno de los que quisiesen. Y por cada criado que trajeren deberán pagar 14 reales de vellón diarios. Asi bien por los que se acomodasen á menos alimento de lo susodicho, tendrán prudente consideracion los citados Posaderos para minorar el precio, tratando á todos con aquel agrado propio de la buena educacion. Sin que falten á todo lo dicho en manera alguna, con apercibimiento de que se procederá á lo que hubiese lugar. Fecho en Bilbao á 14 Agosto 1827.»

En mi carta sobre Apodos, inserta en LA LIDIA del 9 Junio 1884, incluí copia del aviso de entierro del banderillero Antonio Bulo (a) el Malagueño, publicado en el Diario de Cádiz. Este periódico acaba de estampar el siguiente anuncio:

†

R. I. P. A.

Hoy martes 21 de octubre de 1884,  
á las tres y media de la tarde, será conducido al  
cementerio católico de Cádiz el cadáver de

El Sr. Don

**FRANCISCO ORTEGA Y RAMIREZ,**

Hermano de *El Marinero*.

Sus padres, hermanos, hermana política, tíos,  
tíos políticos, sobrinos, sobrinos políticos, primos,  
primos políticos, director espiritual, demás parientes  
y afectos,

*Suplican á las personas de sus relaciones  
y amistad, se sirvan encomendarlo á  
Dios Ntro. Señor y asistan á tan religioso  
acto; favores que agradecerán.*

Santo Domingo, 15.

*No se reparten esquelas.*

Permítame Vm. algunas ligeras observaciones. Conservo dos docenas de cajas que encierran muchos centenares de *Participaciones de casamiento y Papeletas de entierro*, menudencias apreciables á mi juicio, porque revelan los usos, costumbres, modas, vanidades y rarezas de cada época. Para mayor claridad las tengo clasificadas de este modo:

1.º PERSONAJES.—Contiene las de aquellos más ó menos célebres en letras, política, milicia, artes, etcétera.

2.º CORRIENTES Y MOLIENTES.—Las de esos individuos que, según dijo Don Quijote, sirven sólo de acrecentar el número de los que viven (ó mueren), y que se hallan escritas en la forma vulgar y acostumbrada.

3.º EXTRAVAGANTES.—Aquellas que por su forma material, redacción, giro burlesco ú otra rareza se desvían de la índole propia de esta clase de papeles.

4.º NOVEDAD.—Las que introducen en su hechura, redacción, etc., algún uso nuevo que puede llegar á generalizarse.

En esta clase coloco la de Don Francisco Ortega y Ramírez (q. e. p. d.), y le diré á Vm. la razón para que haga favor de corregirme si yerro. Es común en el mundo y trato social que la generalidad de las personas sin fama, propendan ellas por la parte de honra que parece haberles, y propendamos nosotros, en obsequio á la brevedad, á ligarlas con el individuo de más renombre que exista en su familia. De aquí nace el decir que tal individuo, por ejemplo, es nieto de Cabrera, sobrino de Salamanca, primo de Cánovas, cuñado de Necedal, hijo de García Gutiérrez, etc., lo cual es tan lógico como lo fuera advertir á los poco versados en geografía, que Coreses, Mocejón y Horta son pueblos situados en las inmediaciones de Zamora, Toledo y Barcelona. Las relaciones y amistades de la persona célebre son siempre numerosas; y por eso los deudos de Ortega Ramírez han hecho muy bien en consignar que era *Hermano del Marinero*. De este modo se forma idea de quien es el difunto, concurre mucha gente al entierro y puede recibir más oraciones y sufragios el ánima del muerto. Aplicar, pues, al aviso mortuario la fórmula usada en la conversación es la buena novedad que encuentro en la papeleta gaditana. Al redactor de ella podría aplicarse el dístico en que Ercilla dijo:

*Magallanes, señor, fué el primer hombre  
Que abriendo este camino le dió nombre.*

Y si el camino iniciado con el apodo de una celebridad taurina agrada al público, con el tiempo abundarán avisos de funeral (que Dios quiera tarden muchísimos años), en los cuales rece que el difunto era primo, cuñado, suegro, sobrino ó pariente del

duque de la Torre, del poeta Zorrilla, de Castro y Serrano, de Romero Robledo ó del P. Ceferino González.

He visto llevada á la práctica una de las ideas que indiqué en mi carta á Sánchez Neira, publicada en LA LIDIA del 21 Julio 1884. Propuse allí, en pro de la instrucción primaria, — « que no se tolerasen corridas de toros en los pueblos cuyos Municipios se hallasen en descubierto de pagas con los maestros de escuela, » — y en el periódico *La Epoca* (Madrid, 20 Julio 1884) leo que el Gobernador de Vizcaya ha dirigido á los Alcaldes de la provincia una Circular encaminada á prohibir las corridas de toros, interin no se haga constar que en los respectivos pueblos se han adoptado todas las disposiciones higiénicas necesarias, y que se hallan puntualmente satisfechas las atenciones de la primera enseñanza. Hallome, pues, en extremo contento, ufano y vanaglorioso de que me anteceda en el pensamiento y práctica de mi arbitrio el Sr. Gobernador de Vizcaya, á quien enviaría mi sincera norabuena, si ella fuese de algún aprecio á sus ojos.

Y ahora, amigo mío, abra Vm. el paraguas, que va á llover. En la *Revista Contemporánea* (Madrid 30 Setiembre 1884) se publicó una carta con el título de *Frascolegía moderna*, dirigida á Don Aureliano Fernández-Guerra por el caballero alemán F. Hardt, de cuyo apellido no tengo más noticia sino la de que equivale en castellano á fuerte, duro, recio, etc. Y no dejan de ser duros los golpes que mi conterráneo, con tanta gracia como talento, asesta á los periodistas con la salada relación de los barbarismos que se leen en gacetas y diarios. Se conoce que Hardt no es amigo de toros y desea saber por qué los cronistas de las corridas han de ser el Tío Melones, el Tío Colilla y otros tíos. Agrega que no habiendo estudiado historia natural, no puede conocer tantos animales como figuran en la función, pues ha leído en los artículos técnicos que salió el primer cuadrumano y dejó dos sardinas en el redondel; que un mono sabio recibió un acosón sin consecuencia; que el segundo toro despachurró tres arañas, el cuarto cinco aluluyas y el sexto dos anguilas... y, por último, que en el tremendo rugir de diez mil bocas que se oye en la plaza en ciertos momentos de calor y entusiasmo, no distingue su oído otra cosa que un huracán de jotas y eñes de espantoso efecto.

Si Don Aureliano contesta á las dudas de Hardt, su carta deberá ser famosa y por demás erudita.

Y basta de misiva. Si á Vm. le parece larga, fácil es acortarla con tijeras, y si le parece corta con tijeras también, puede alargarse. Si la juzga Vm. pesada, aplique el oído y escuchará lo de

Tú te metiste,  
Fraile mostén;  
Tú lo quisiste,  
Tú te lo ten.

Hágame Vm. favor de saludar al excelente Luis Carmena y de darle mi parabién por sus bellísimos RECORTES, publicados en LA LIDIA, y tanto él como usted cuenten con la voluntad y afecto del

DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, y Noviembre  
á 18 de 1884 años.

## GALERÍA DE AFICIONADOS PRETÉRITOS.

(APUNTES.)

Los cucharistas.—Los chiclaneristas.—Los eclécticos (I).

### III.

Voy á concluir la relación ó lista de aficionados taurómacos que se conocían en Madrid á mediados del presente siglo, con la siguiente advertencia, encaminada á dar á cada uno lo suyo.

Si por eclécticismo en tauromaquia ha de entenderse la verdad en la práctica del arte, escogiendo entre todos los que la ejercitan, ó sea inclinándose siempre á lo mejor, prescindiendo de afectaciones apasionadas, confieso desde luego que no están bien calificados todos mis contemporáneos que van incluidos en el presente artículo.

No hay aficionado que, aun siendo decidido partidario de determinado diestro—ó torpe, que sobre esto hay mucho que hablar,—no afirme siempre que es imparcial y que él aplaude lo bueno de todos; pero como las suertes que ejecute su escogido, digámoslo así, nunca le parecen mal hechas, y á las de los demás constantemente las encuentra faltas de arte, ó cuando menos, de gracia; de aquí

resulta: que su criterio individual, como todo lo que no obedece á regla fija, se decide por lo suyo y no por lo ajeno; que se apoya en las verdaderas prescripciones del arte el más entendido; y en la gracia de los juguetes y adornos el que simpatiza con la persona, por cualquier razón, más que con el artista.

Antes, ahora y luego, fué, es y será lo mismo; con que dejándolo todo así, llamaré á los que ostensiblemente, al menos, no eran partidarios de Arjona ni de Redondo, en absoluto y por separado,

### LOS ECLÉCTICOS.

D. Joaquín Marracci y Soto.—¿Quién se atreve á pintar á Marracci? Algunos de los que le tratábamos con cierta intimidad, dudábamos cómo calificarle. Parecía, y lo era indudablemente, un hombre honrado, activo, y por inclinación natural, muy dado á meterse en todo, á hablar de todo, á tomar parte en cuantos sucesos prósperos ó tristes de poca monta ó de gran importancia acaecían en Madrid.

Tomábase voluntariamente un trabajo ímprobo por servir á un amigo ó á un desconocido, por el sólo placer de ser el indispensable en todas ocasiones, y por eso fué socio de cuantas corporaciones científicas, literarias, artísticas, taurómacas, musicales, obreras, clericales, militares, etc., etc., hubo en su tiempo en la Corte.

Empleado público, sacramental, miliciano, cofrade y archicofrade, testigo de matrimonios y agente de funerales; excelente actor, que copiaba admirablemente al famoso Fabiani; ramalero y torilero en becerradas, lo mismo confeccionaba con sus manos una moña para un cuatreño ó una paella para veinte amigos, que ordenaba una procesión ó un funeral de tumba y hacheros.

A su iniciativa se debe la traslación de los restos mortales de Calderón de la Barca desde la derruida iglesia del Salvador al cementerio de la puerta de Atocha; él entendió en todo lo relativo á los suntuosos funerales que, á expensas de la Nación, se celebraron en la iglesia de San Francisco por el alma de Martínez de la Rosa; las monjas de los conventos de Madrid agradecieron más de una vez las limosnas que les procuró; á los carlistas prisioneros en el cuartel de Aranda, procedentes de la acción de Villarrobledo, se les socorrió por muchos liberales, á cuyo frente se colocó Marracci; asistió con gran solicitud á los enfermos en los hospitales, y muy señaladamente á los coléricos en las épocas de epidemias; en una palabra, á Marracci siempre se le veía en todas partes y á todas horas donde se congregasen más de seis personas.

Con tales condiciones bien puede suponerse que todos los toreros habían de serle conocidos y á todos había de querer bien, porque aparte de su afán por meterse en todo, era bueno, leal y muy afable con altos y bajos, nobles y plebeyos. Nunca censuró á nadie, y al contrario, manifestaba disgusto cuando otros criticaban, como le sucedía al oír el cáncero de Chironi. Daba la mano con cariño á Montes y al Chiclanero y golpeaba con igual afecto el hombro de Curro Cúchares, alabando cuanto hacían, y ensalzaba del mismo modo á Cayetano que al Salamanca, á Gallardo que á Trigo, al Pandito que á Chancháu. Para todos tenía una frase de entusiasmo.

De distinguida educación, servía de Gentil hombre en el Real Palacio, como el más elegante aristócrata, y alternaba con jovial alegría y sin descomponer el cuadro, en los Cuerpos de guardia con sus compañeros de glorias y fatigas; en los colmados con los toreros, y en el campo con gente baja, alta y de todas edades, sexos y condiciones. Bien le calificaron ciertas aluluyas que de su vida se publicaron con secreto, llamándole el «Hombre universal,» y bien merece un sitio en esta galería quien tan entendido y constante aficionado fué por espacio de cerca de cuarenta años.

¡Pepe Besuguillo! A este sí que debemos en conciencia incluirle entre el número de los aficionados eclécticos. Gran conocedor del arte de torear, ha entendido siempre dónde se hallaba el verdadero mérito; y sin rebajar á nadie ha hecho notar la buena ejecución de las suertes, practicáralas quien quisiera.

Admiraba la precisión y arte de Montes, la elegancia y el modo de recibir del Chiclanero, pero no olvidaba el trasteo de Cúchares, ni los grandes conocimientos de Cayetano; á todos ha hecho justicia y difícilmente sus simpatías personales han torcido su criterio.

Joven, fué uno de los mejores maestros de baile de la Corte y Jefe director de los célebres y nunca después igualados de Villa-hermosa; por su fino trato, su gallarda figura y persuasiva palabra con el bello sexo, fué un gran banderillero en todos sentidos, pues que en las plazas de la Moncloa, Caraban-

chel, Huerta de Fagoaga y, sobre todo, en el Jardínillo, donde figuró en primer lugar como socio activo, dejó un alto nombre entre los peones de lidia. Sienten sus amigos se haya cortado la coleta tan pronto, quien aún podía llevarla como excelente aficionado.

Debo comprender en este grupo á mi antiguo amigo D. Diego Fernández de la Vega, socio que fué del Instituto Español y otras corporaciones notables, entre ellas el Museo Lítico, Literario y Artístico, de tan gratos recuerdos para la gente ilustrada de Madrid. Allí se ordenó una magnífica becerrada, que bajo la presidencia del Infante D. Francisco se celebró en la Plaza vieja de Madrid en el año de 1844, siendo espadas Sellés, Montemar y Ferrús; banderilleros, Antonio Fabeirac, Manolo Alvarez, el dicho Vega y otros que de intento callo; picador, Alejandro Cachena, y puntillero, Teodoro Ponte, alto empleado español en París.

A Diego Vega no hubo medio de hacerle cucharista ni chiclanerista: los dos émulos le parecían bien, á ambos aplaudía y en ninguno hallaba defectos.

—Yo encuentro bueno—decía—todo lo que hacen esos espadas, y si mucho me entusiasma la clásica escuela de Redondo, mucho me divierten los juguetes de Cúchares y su alegría en el redondel. Tan buen actor es para mí—y en esto era voto Vega, que representaba comedias con singular talento—Carlos Latorre como Antonio Guzmán, y más distante está el género á que éstos se dedican en el teatro, respectivamente, que el de aquellos. ¡Viva Cúchares, pues, y viva José Redondo! y ¡vivan—añadía siempre con voz fingida y marcadamente gutural—los diestros é intrépidos aficionados que han pisado el ruedo de la Plaza de Madrid!

Casi lo mismo decía en todas ocasiones D. Antonio Sánchez, médico, á quien nunca sus contemporáneos vimos asistir á enfermo alguno. Para él una corrida de toros no era más que un rato de solaz y entretenimiento: un encierro, un apartado, los alegres preparativos de una fiesta que le encantaba por lo animada y bulliciosa, y á veces—decía frecuentemente—divierte más una corrida mala que una buena, porque lo ridículo hace reír más que lo serio y lo formal.

¡Buen aficionado fué también el ilustrado médico D. Manuel Escobar! ¡Bueno también el anciano cirujano de las cárceles D. Manuel Guerrero! Inclínábanse sus simpatías á Redondo y á su escuela, pero llevábanles sus afecciones de amistad á Cúchares. Otro tanto sucedía al cojo Sr. Batanero, que tan pronto apostaba en el Café de la Iberia porque al día siguiente vencería en la corrida Cúchares al Chiclanero, como decía que delante de Redondo no podía ponerse nadie.

D. Manuel Caracuel, famoso sastre en cuyos talleres preparó un soberbio salón independiente donde conferenciaban sobre asuntos literarios los eminentes Ayala, Cañete, Fernández y González, Florentino Sanz y otras glorias de la patria, era de corazón partidario de la escuela fina; pero decía con el gran pintor Manolo Castellano y el buen actor Perico Delgado ¡cuánto vale Cúchares, cuánto vale! y otro tanto se oía decir al entendido aficionado D. Antonio García, bordador de Cámara, entusiasta admirador del maestro Cayetano Sanz; á D. Carlos Marfa de Ponte, hoy banquero y entonces Secretario del Jardínillo, al cura Antero, que de este modo se le conocía en los círculos taurinos, y á otros muchos que sería prolijo enumerar (aunque como verdaderos inteligentes difícilmente han podido contarse á un tiempo, ó sea en una época determinada, más de cien aficionados).

Sin embargo, no quiero dejar sin mención especial á mis muy queridos amigos D. José Teresa García y D. José Aniceto Ortega, tan inteligentes como buenos aficionados, que tanto trabajaron para crear la Sociedad taurómaca que construyó la plaza de toretes de San José, próxima á los terrenos que luego fueron Campos Elíseos, y á los Sres. Luque, Tocón, Bastarache y Rodríguez.

Con tan diversos elementos, con tan antagónicos partidos taurinos de cucharistas, chiclaneristas y eclécticos, se fundaron á mediados de este siglo en Madrid, y simultáneamente, dos costosas Plazas de lidia, por Sociedades de amigos que, atentos únicamente á la distracción que les proporcionaba su favorita diversión, no daban pábulo á que las ignorantes masas aplaudieran á los toreros que no lo merecían, ni criticaran porque sí á los que, deseando complacer, no hacían más porque más no sabían. La buena voluntad, los buenos deseos se tenían en cuenta por todos, sin distinción de partidos; hoy se quiere que matadores de segundo y aun de tercer

orden hagan más que los primeros: se dispensa á éstos lo que no se ha dispensado á nadie en el redondel, que es la holgazanería; y la pasión se encona, las diatribas se dirigen contra las personas y nunca contra las entidades; y como resultado, la afición agoniza y la inteligencia se pierde.

Atiendan estas ligerísimas observaciones los que actualmente concurren con alguna afición á nuestra fiesta nacional, y tomen ejemplo de los cucharistas, chiclaneristas y eclécticos de mediados del presente siglo.

JOSÉ SÁNCHEZ DE NEIRA.

## UNA FIESTA DE TOROS

DESCRITA POR

### MIGUEL DE CERVANTES.

Siempre fueron las fiestas de toros el más regocijado espectáculo de los españoles. A partir del año 1124, en que para solemnizar el matrimonio de Alfonso VII, en Saldaña, con Doña Berenguela la Chica, hija del Conde de Barcelona, se verificó una lucidísima, apenas se registra acontecimiento de alguna significación en el orden político, y aun en el religioso, que no sea celebrado con la obligada *fiesta de toros*. Fueron ascendiendo éstas en importancia hasta llegar á su mayor grado de esplendor en los siglos XVI y XVII, en cuya época habían encarnado en el corazón del pueblo, quizás con más ardor que lo estuvieron entre los moros, y la liza constituía la diversión favorita de nobles y plebeyos. Ya lo dijo Argensola:

«Para ver acosar toros valientes  
(Fiesta africana un tiempo, y después goda  
Que hoy les irrita las soberbias frentes)  
Corre agora la gente al coso, y toda,  
O sube á las ventanas y balcones,  
O abajo en rudas tablas se acomoda.»

Y Reyes y Príncipes que no se habían desafiado de dejar el cetro para empuñar el rejoncillo, dieron el ejemplo á la nobleza poniendo cada día más en boga esta fiesta. La galantería, que tan activa parte toma en todas las acciones de los hombres, arrastró la opinión general, y no hubo noble que no quisiese imitar al monarca, en disfrutar los premios que la hermosura adjudicaba al valor, ó tal vez á los esfuerzos del amor propio.

Ni cabía el que se verificasen estas solemnidades sin que después se diese de ellas puntual y exacta noticia, haciéndose lenguas de la bravura de los toros, del valor y gallardía de los caballeros lidiadores y del lustre y brillo de la concurrencia. Desempeñaron este cometido generalmente, si se ha de decir verdad, escritores y poetas de bien escaso vuelo; algunos, verdaderos buhos ó lechuzas del Parnaso.

Hombre hubo que, para describir la salida de un toro negro y sus primeros encuentros con los caballeros, rompió en los siguientes versos:

«Lutos su piel pronostica,  
Su planta, sepulcros abre;  
Traviesa la mano, cuenta  
Arenas, y aun no desastres,  
.....  
Todos arrostran el riesgo,  
Mas tú Enriquez madrugaste;  
Y el mérito de emprenderle  
Fué segundo al de estrenarle.  
.....  
Al prodigioso Meneses  
Negó la fiera señales  
De espada corta, en las bocas  
Que nunca abriera el montante.  
A la fiera, pues, que corre  
Golfos de aire, viva nave  
Padilla inmóvil se opuso  
Roca inmortal de diamante.  
Como en terremoto fiero,  
Chocan dos montes iguales  
Parando el vaivén furioso  
En que mas los dos se arraiguen,  
La fiera y Laso se encuentran,  
Perdone Alcides, que hace  
Mayor su gloria el que vence  
por eleccion que por trance.»

No todo, sin embargo, fueron *chirridos* de este jaez. Los más aventajados ingenios españoles enaltecieron con frecuencia en prosa y verso la hermosa fiesta, y el príncipe de nuestros ingenios puso también en una ocasión al servicio de ella su pluma de oro.

Viernes Santo 8 de Abril de 1605, entre nueve y diez de la noche, dió á luz en Valladolid S. M. la Reina Doña Margarita de Austria al Príncipe Felipe Dominico Víctor, después Felipe IV. Anunciaron las campanas el fausto suceso, acogido por el pueblo

con expresivas demostraciones de júbilo, amortiguadas después algún tanto por la gran calentura que al tercer día acometió á la augusta señora, poniendo en grave peligro su vida. Restablecida por completo de su dolencia, dispusieron ostentosos regocijos y fiestas, tales como iluminaciones, justas, torneos, máscaras, maniobras militares, procesiones y juegos de toros y cañas.

De lo sucedido en ellas se imprimió en la oficina de Juan Godinez de Millis, con data de 1605, y se puso á la venta en la librería de Antonio Coello, una curiosa y detallada relación, que aunque ha corrido sin nombre de autor, está admitida entre los bibliófilos más acreditados, como original de Miguel de Cervantes Saavedra. La circunstancia de residir éste á la sazón en Valladolid, su amistad íntima con el impresor y librero que llevaron á cabo la publicación, las autorizadas referencias de otros escritores de la época y entre ellas la maligna alusión contenida en un soneto burlesco atribuido á Góngora, criticando el excesivo gasto ocasionado en dichas funciones, que termina diciendo:

«Mandáronse escribir estas hazañas  
A Don Quijote, á Sancho y su jumento.»

han confirmado la opinión entre los eruditos, de que la *Relación* expresada, aunque escrita con bastante desaliño, se debió á la misma prodigiosa pluma que dió vida al *Quijote*. No es, en verdad, unánime este parecer, pues persona tan peritísima en la materia como el Sr. Gayangos, en su precioso libro *Cervantes en Valladolid*, disintiendo de las respetables opiniones de Pellicer, Navarrete, Hartzzenbusch y La Barrera, se inclina á creer que ni en la forma ni en el estilo se aproxima la *Relación* á la «manera de escribir» de Cervantes. Sin abrigar yo la ridícula pretensión de cruzar el montante en asunto tan difícil de esclarecer, inclíname á la afirmativa mientras no se presente alguna prueba que, por lo menos, desvirtúe las razones aducidas en pro, y me atengo á las opiniones de Pellicer, Navarrete y Hartzzenbusch; á la de D. Cayetano Alberto de La Barrera, que reimprimió como de Cervantes la *Relación* citada; á la de los Sres. Sancho Rayón y Zarco del Valle, que en el tomo II del *Ensayo de una biblioteca de libros raros ó curiosos* la incluyeron entre las obras del inmortal alcalaíno, y, finalmente, á la sustentada por el mismo Sr. Gayangos y por D. Enrique de Vedia en el tomo II de la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, página 550, al declarar que «durante su residencia en Valladolid, y al propio tiempo que preparaba para la imprenta su primera parte del *Quijote*, Cervantes escribía otro libro que se le atribuye con algún fundamento, y en el que da noticia muy detallada de las fiestas celebradas en Valladolid al nacimiento de Felipe IV;» y que «la obra presenta de vez en cuando rasgos característicos, así como manera de decir peculiares del célebre autor del *Quijote*.»

Consta la *Relación* de 48 hojas, tamaño 4.º; está dedicada por Antonio Coello, mercader de libros, al Conde de Miranda, y fechada en Valladolid á 9 de Octubre de 1605. La descripción del *Juego de toros y cañas* comprende los folios 30 á 35, y dice así:

«Viernes que se contaron diez de Junio despues del día del Corpus, habiendo el Rey mandado que se hiciese este día el juego de cañas en la plaza mayor de Valladolid, que por su grandeza y proporción, en forma casi cuadrada, y por las tres ordenes de balcones de hierro que tiene á compás, es la mejor del mundo, estando adornada de muchas tapicerías de brocado, telas de oro y sedas, y los tabladados debajo de las ventanas en torno: de manera que hacian un grande y bien compuesto teatro, con el lugar que en las galerías ó terrados se habian hecho, para que tanto mayor número de gente se pudiese acomodar. Entre las doce y una horas de medio día entró la Reina nuestra señora en una Acanea con sillón de plata y gualdrapa bordada, yendo delante toda la nobleza de la Corte, el Príncipe de Piamonte y su hermano el gran Prior de Castilla, y los grandes del Reino que se hallaban en ella, todos tan ricamente vestidos y galanes, diferentes de los otros días, que admiraba tanta grandeza justamente empleada en ocasion de tan digno regocijo. La Reina nuestra señora llevaba faya entera de gurbion de oro, y gorra aderezada con grandísima cantidad de joyas por todo el vestido y un pinjante con un diamante con una preciosa perla de extraordinaria grandeza, que como heria el sol en los diamantes, hacia lindísima vista, y lo mismo era en cuantos lo llevaban, que eran casi todos, porque otras joyas no había. Al lado de la Reyna nuestra señora iba el Rey nuestro señor, á la ginetá, y llevaba un hermoso y rico jaez, bordadas en la mochila de oro y perlas, las armas de todos los Reynos de su corona. Seguía á

su Magestad la camarera mayor: y despues todas las damas en palafrenes con riquísimos sillones de plata y guarniciones, unos bordados, otros chapados, y ellas en cuerpo con gorras aderezadas y plumas y fayas enteras de diferentes telas de oro, rasos bordados, aforrados de velos de oro y plata y bordados con multitud de joyas, acompañándolas los ginetes tan lucidos y vistosos que verdaderamente fué acompañamiento de tal día y de tales Príncipes.

Apearonse sus Magestades en las casas de la ciudad, adonde se les tenía aparejada la comida, por que allí habian de estar á la fiesta. Poco antes que se soltasen los toros salieron sus Magestades á la galería de la ciudad, que es muy grande y desenfadada, muy á propósito para tales fiestas. Y tomado su lugar en el balcón, se preguntó de parte de su Magestad al Almirante, si holgaría de ver la fiesta con las damas, de lo cual mostró recibir gusto, y así vió la fiesta sentado con ellas. Los caballeros Ingleses estuvieron en los balcones largos debajo de su Magestad en la misma casa.

Antes de estar sus Magestades en su lugar, entró el Conde de Miranda con el Consejo Real, Alcaldes de la casa y Corte, y Ministros y oficiales del Consejo, que así por representacion de la mucha excelencia del Conde, como por la gran autoridad de tan excelso Consejo fué vista de grande estimacion y á todos muy grata: y se fueron á apear á su lugar, estando todos los Consejos en los suyos: por que en tales días se acostumbra de señalarlos á los tribunales y á las personas de autoridad.

Entró luego el Marqués de Camarasa á caballo, y detrás de él, la guarda Española de que es Capitán, en orden de guerra, con pífaros y cajas. Y luego la Alemana, guiándola su Alférez, y en medio de ella á caballo el Capitan Calderon, Caballero del hábito de San Juan, su Gobernador, tambien en orden de guerra. Y despues el Marques de Falces, Capitan de los Archeros, con ellos en tropa. Y habiendo los guardas tomado su acostumbrado lugar, se mandó que se limpiase la plaza por que había mucha gente y no convenia que quedasen mas de los toreadores. Y luego entraron catorce carros en ala, con largas cubas de agua, que en un momento la regaron y la dejaron muy fresca; y pareció bien aquel gran teatro con tanta gente, ventanaje y terrados, adonde se juzgó que había poco menos de cien mil personas. Soltáronse los toros, que fueron bravos, y se fueron corriendo por su orden; y quiso Dios que tanto más alegre fuera la fiesta, cuanto que hicieron poco daño, aunque dos ó tres veces desbarataron la guarda, que fué vista alegre y apacible. Celebráronse mucho dos lanzadas que se dieron y los garrochones que hubo; por que salieron á la plaza con multitud de lacayos vestidos de librea, en lindísimos caballos con ricos jaeces, el Duque de Alba, el Duque de Pastrana, el Conde de Salinas, el Conde de Coruña, el Marqués de Tavara, el Marques de Villanueva de Barcarrota y otros caballeros. Y fué cosa agradable para los extranjeros ver las muchas y buenas suertes que se hacian con los toros, admirando la ligereza de los caballos, la destreza y ánimo de los caballeros. Y no menos maravilla causaba las buenas suertes que hacian los de á pié, provocando al toro, y sabiendo ligeramente escusar el encuentro dejándole frustrado.»

Sigue el autor describiendo minuciosamente el juego de las cañas, que fué brillantísimo. En él tomaron parte el Rey y todos los principales grandes de España, asistidos de lucidas cuadrillas, regresando sus Magestades, una vez terminada la fiesta, á Palacio, en coche, y estando las calles profusamente iluminadas.

Tal es la relación atribuída á Cervantes, conocida solamente, hasta ahora, de algunas docenas de bibliófilos y literatos, y que de hoy más, en la parte relativa á los toros, quedará como del dominio común, acogiéndome yo, al presentársela á los lectores de LA LIDIA, á la conocida y sabia máxima de aquel incomparable ingenio, que dice

«Que el que á buen árbol se arrí,  
buena sombra le cobí.»

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

## LA LIDIA.

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Colecciones completas del 1.º año... Ptas. 20  
Idem del 2.º..... 15  
Idem del 3.º..... 15  
Tapas para la encuadernación de cada colección..... 5  
Descuento á los Corresponsales, 20 por 100.



V. BORREROVA. Lit. de J. Palacios

EN LOS PUEBLOS.

Arenal, 27, Madrid.





REVISTA TAURINA  
ILUSTRADA CON CROMOS.

AÑO III.

ADMINISTRACIÓN:

27, Calle del Arenal, 27.

MADRID.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2,50.

No se admiten suscripciones para provincias.

